

Homilía del Sr. Cardenal Mario A. Poli en la Ordenación Presbiteral

4 de noviembre de 2017 - Parroquia San Benito

Textos de la Liturgia de la Palabra: Isaías 61, 1-3; Juan 17, 5-6. 14-19

El Evangelio según San Juan que acabamos de proclamar pertenece a una secuencia que ha comenzado en la Última Cena y la primera Eucaristía: el contexto está dado por la fiesta de la Pascua que celebran los judíos. El Evangelista comienza la narración de esos momentos diciendo: «Sabido Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, Él, que había amado a los suyos, los amó hasta el fin» (*Jn* 13,1). Aquí se revela aquella hora misteriosa, la que anunció a su Madre antes de hacer el milagro de cambiar el agua en vino en las Bodas de Caná y hoy nos da la clave para iluminar nuestra celebración. Esa es la hora en que su amor nos llega a nosotros y se hace presente en los sacramentos que estamos celebrando: la fuente del amor eucarístico y el sacerdocio que surgirá de ella.

La Escritura nos presenta a Jesús orante. El pasaje se lo conoce como «la oración sacerdotal». El Señor se dirige a su Padre Dios para pedir por Él, por sus discípulos y por todos los que creen en Él: cada uno de nosotros estábamos en su mente y en su corazón sacerdotal. Es la oración de mediación por excelencia.

En primer lugar, Jesús pide a su Padre que lo glorifique junto a él. La gloria durante su ministerio público asomó veladamente en los signos milagrosos que acompañaron sus enseñanzas durante su vida terrena, y Él mismo anunció que se haría manifiesta cuando «sea levantado en alto» (*Jn* 3,14; 8,28; 12,32; 12,34). Con esas palabras, no podemos menos que pensar en los días de su pasión y crucifixión en el árbol de la Cruz. Leídas desde su resurrección de entre los muertos, entendemos que estamos en el centro de nuestra fe católica. En todo este proceso se destaca la obediencia de Jesús al Padre Dios, quien ha querido salvar al mundo por el sacrificio redentor de su Hijo Amado.

Ante la oración sacerdotal de Jesús, se ilumina el sentido y misión del sacerdocio ministerial que nos ha confiado y hoy se hace visible en la unción que recibirán estos hermanos nuestros. Los gestos sacerdotales de Jesús, cuyos ojos se elevan al cielo, nos hablan de la misión que el Padre le ha confiado al Hijo: dar la vida eterna a los hombres, por medio del sacrificio de su propia vida. Su vida terrena se ordena a esa obra: la salvación de todos los hombres. Ya la misión está cumplida y ahora pide para Él la gloria que tenía antes que el mundo existiera. Así como Él glorificó al Padre en la tierra obedeciendo su voluntad salvadora, Él ruega que lo glorifique en el Cielo.

Jesús rezó así: «Manifesté tu Nombre a los que separaste del mundo para confiármelos». Al revelar el nombre del Padre, en el lenguaje bíblico, reveló su persona, su paternidad amorosa, sus entrañas de misericordia. Después de esta revelación nadie puede considerarse huérfano, porque tenemos un Padre que nos ama a todos. Si pensamos que de ahora en más a ustedes los llamarán «padres», como se acostumbra en la Iglesia católica, delicada tarea se les encomienda en reflejar con el mejor modo que puedan, el cuidado y cercanía que tiene nuestro Padre Dios para con cada uno de sus hijos e hijas. Y como Él prometió a través de los profetas a nuestro pueblo pastores según su corazón (cfr. *Jer* 3,15-17), sean testigos audaces de la misericordia de la que fueron destinatarios y sean misericordiosos como el Padre.

Cuando Jesús ora por sus discípulos, nadie puede sentirse excluido ni abandonado. Él sigue pidiendo al Padre que nos preserve del Maligno porque se opone a la salvación de los hombres. En el mundo, caminamos entre los peregrinos del Reino, con la conciencia de que le pertenecemos al Padre, que nos ha entregado a Jesucristo.

En los últimos versículos del Evangelio que hoy iluminan nuestro rito, Jesús clama al Padre que nos consagre en la verdad de su palabra y a quien nos la ha revelado: Jesucristo es la Verdad de nuestra vida (*Jn 16,6*). Consagrados quiere decir separados de entre los hombres para ser enviados a ellos al modo como el Padre envió a su Hijo amado. Esta imagen que nos ofrece el evangelista, nos ayuda a comprender el sentido más profundo del don sacerdotal, su vocación en la Iglesia y su misión en el mundo. Esta participación en el sacerdocio de Jesucristo, aun cuando queda expuesta la pequeñez de nuestra condición humana ante un misterio que nos desborda, solo se entiende a la luz de la gracia que viene de su mano, y que siempre es gratuita, inmerecida e incondicional, como todo lo que procede de su gran misericordia. A partir de hoy, el caminito de santificación de sus días –el que comenzó en el momento del bautismo–, consistirá en entregar con generosidad la riqueza del ministerio ordenado al servicio de la salvación de sus hermanos.

Si bien es verdad que todo el Pueblo Santo de Dios ha sido constituido como un sacerdocio real por su incorporación a Cristo, sin embargo, el mismo Jesucristo, nuestro gran Sacerdote, eligió a algunos discípulos para que ejercieran públicamente y en su nombre, el ministerio sacerdotal en la Iglesia, al servicio de los hombres. Él, que fue enviado por el Padre, envió a su vez a los Apóstoles para que ellos y sus sucesores, que son los Obispos, completaran en el mundo su obra de Maestro, Sacerdote y Pastor.

Los presbíteros, por su parte, son constituidos cooperadores de los Obispos con los cuales, unidos en un mismo ministerio sacerdotal, son llamados para servir al Pueblo de Dios.

Estos hermanos nuestros: Sebastián, Claudio, Arturo, Adrián y Carlos, después de pensarlo seriamente, van a ser ordenados sacerdotes en el grado de presbíteros: así harán las veces de Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor, para que su cuerpo, que es la Iglesia, se edifique y crezca como Pueblo de Dios y templo del Espíritu Santo.

Al asemejarse a Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, y al unirse al sacerdocio de los Obispos, ellos quedarán consagrados como auténticos sacerdotes del Nuevo Testamento, para anunciar el Evangelio, apacentar al pueblo de Dios y celebrar el culto divino, especialmente en el sacrificio del Señor.

Por eso, ustedes, queridos hijos, que ahora serán ordenados presbíteros, deben cumplir el ministerio de enseñar en nombre de Cristo, el Maestro. Anuncien a todos los hombres la palabra de Dios que ustedes mismos han recibido con alegría. Mediten la ley del Señor, crean lo que leen, enseñen lo que creen y practiquen lo que enseñan.

Que la doctrina de ustedes sea un alimento sustancioso para el pueblo de Dios; que la fragancia espiritual de sus vidas sea motivo de alegría para todos los cristianos, a fin de que con la palabra y el ejemplo construyan ese edificio viviente que es la Iglesia de Dios.

Les corresponderá también la función de santificar en nombre de Cristo. Por medio de su ministerio, el sacrificio espiritual de los fieles alcanzará su perfección al unirse al sacrificio del Señor, que por sus manos se ofrecerá incruentamente sobre el altar, en la celebración de la Eucaristía. Tengan conciencia de lo que hacen e imiten lo que conmemoran. Por tanto, al celebrar el misterio de la muerte y la resurrección del Señor, procuren morir ustedes mismos al pecado y vivir una vida realmente nueva.

Para que esto se haga realidad, dentro de instantes ungiremos con el Santo Crisma sus manos e impondremos sobre ustedes las nuestras, y entonces podrán decir lo que

profetizó Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Él me envió a llevar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones heridos...».

No podemos dejar de sorprendernos de lo que puede hacer la Madre Iglesia al engendrar hijos sacerdotes para nuestro tiempo, y por eso decimos: ¡Benditas sus manos que dispensarán la misericordia en cada sacramento y prepararán todos los días el Santo Sacrificio, para que cada peregrino tome lo necesario y así pueda seguir su camino hacia el Reino! Amén.

✠ Mario Aurelio Cardenal Poli